



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. II.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Julio de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

TIPOS CRISTIANOS. **La hermana de la caridad**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por id.—Al glorioso apóstol Santiago, patron de España, poesía, por V. A.—Luis Jacobejo, por F. S.

TIPOS CRISTIANOS.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Al ocuparnos del ser, ángel de la tierra, flor del cielo, cuyo nombre sirve de epígrafe á este pobre artículo, quisiéramos que la pluma que oprime nuestra mano pudiese transmitir, dándoles forma más suave y dulce, los sentimientos de nuestra alma, y que la página en que los estampamos fuese blanca como la hoja de la azucena, y diáfana y pura como el azul de los cielos; porque nada hay á nuestros ojos tan bello, tan celestial, tan sublime, como esas benditas mujeres que son el símbolo y la encarnacion de la divina caridad cristiana, hija predi-

lecta de Dios, y madre amorosa y tierna de la humanidad que doliente llora.

La fe es una luz clara y segura que no agitan los huracanes de la vida, y que alumbra la senda del cielo: es una llama á cuyo inmutable calor se temple el alma de los héroes.

La esperanza es una flor divina que brotó en la cima del Calvario, producida por una gota de la sangre de un Dios, y regada por las lágrimas de una Virgen Madre: su aroma es el consuelo; su perfume la alegría y la paz. Su casta esencia, derramándose en el alma, es un lenitivo y un calmante para los más acerbos dolores, porque el que espera en el porvenir puede olvidar el pasado y soportar con resignacion el presente.

Esta flor imperecedera y eterna cuya raiz está en el cielo, extiende sus hojas sobre el mundo, y cubre con ellas los más ásperos caminos, extendiendo su consoladora influencia hasta el borde mismo de la tumba. Ella es la que ven los santos en sus sagrados ensueños, y la que distinguen



ostentando sus galas en su corona de gloria. Ella es la que alienta á los que vacilan: ella es la que da fuerza á los débiles.

Pero si la fe hace los héroes; si la esperanza, elevando á Dios el espíritu, alienta á los justos; la caridad, asentándose en el alma como en su propia y única morada, forma por sí sola los ángeles y convierte á los hombres en hermanos.

La fe subyuga nuestro pensamiento, domina nuestra razon, y se alza poderosa sobre nuestra inclinada frente. La esperanza nos da el anticipado goce de las delicias eternas, y es como un dulce y constante rocío que refresca y vivifica la incolora flor del humano espíritu. Pero la caridad late en nuestro corazon, llora con nuestras lágrimas, siente con nuestro propio sentimiento, brilla en la mirada de nuestros ojos, vive con nuestra vida, y no es una virtud que adquirimos, es un sentimiento innato en el fondo de nuestro corazon; es el reflejo del divino amor que traemos impreso en nuestra alma, cuando ésta descende del cielo á morar por un tiempo indeterminado en la cárcel de nuestro pecho.

La caridad, pues, la caridad cristiana es el primero entre todos los dones celestes, puesto que tuvo su origen, no en los arcanos de la sabiduría de un Dios Eterno, sino en los arcanos del corazon de un padre Dios.

Desde ese foco, desde ese germen infinito y divino, descendió hasta el seno de esos serafines de misericordia, que iluminados por su pura luz, no ven en la tierra sino el camino del cielo: no ven de la vida sino las lágrimas, la vejez, la orfandad y el dolor, y caminan siempre por una senda tapizada de espinas y regada con el llanto del desgraciado.

El mundo las llama hermanas de la caridad, porque acaso juzga poco llamarlas hermanas de los ángeles, pero como á ángeles del cielo las considera y las admira.

Sobre su frente, en el fondo de su pecho llevan algo de augusto y divino, que las separa de los seres comunes y las acerca á los espíritus celestiales. Como ellos tienen la mision de velar por el huérfano, de amparar al que llora, de sostener al que vacila.

Sin familia, porque han abandonado la suya para crearse una en el doliente y en el infortunado: sin alegría ni goces, porque los suyos se reducen á consolar al que padece: sin esperanzas ni ilusiones, porque solo ven en torno la amargura y la nada de

la vida humana: sin reposo, porque continuamente velan junto al lecho del enfermo, junto á la cuna del huérfano, junto al anciano desvalido, y el insomnio hace palidecer su frente, y el cansancio apaga sus ojos: y la continua vista de la vejez y de la enfermedad y de la muerte marchitan su juventud y ajan su belleza, y ni una sombra de temor ó de duelo empaña la purísima luz de amor y de ternura que brilla en su casta mirada: ni por un instante se agitan los latidos de su corazon, en el que arde constante y pura la inextinguible hoguera de la cristiana caridad.

Y no es solo su vida, su abnegacion, su reposo, el sacrificio de sus más caras afecciones y su parte entera de felicidad la que ofrecen al triste mendigo, al pobre enfermo, al niño abandonado, no; ellas, al par de la limosna de su trabajo, dan la limosna de su alma: ellas al consagrarse á curar las dolencias del cuerpo, se consagran tambien á curar las dolencias y los errores del espíritu: ellas no tienen solo en su mano la medicina y el alimento de hoy; tienen tambien el eficaz remedio del mañana. ¡Cuántos infelices por una palabra de sus labios, por uno de sus dulces y eficaces ruegos han olvidado una vida entera de extravíos y culpas y han vuelto á la senda de la virtud y de la fé!

No hace muchos años, no: nosotros mismos podemos recordarlo; gemia en el lecho de la caridad un hombre enfermo, próximo acaso á la muerte, y obstinado, á pesar de esto, en olvidar á Dios, y aun ¡ay! en blasfemar de su justicia y negar su misericordia.

Nadie podía llegar á su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, ó exponerse á las consecuencias de su impotente cólera. Sus violentos dolores extraviaban su razon, y no tenia para sufrirlos la santa resignacion del cristiano.

Los médicos habian recetado una bebida calmante; pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente á tomarla, llegando al parasismo del furor cuando venian á ofrecérsela. Y el mal se agravaba, y cada instante que pasaba alejaba la esperanza de que pudiera tener remedio.

Los que le rodeaban se habian alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero si todos le abandonaban, el ángel de la paciencia, la hermana de la caridad aun estaba allí.

Con la mirada suplicante, con el ruego en los labios se acercó al desgraciado, ofreciéndole con mano amorosa aquella pocion salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo.

Sin embargo, ella insistió.

Pero aquel hombre era un impío, estaba desesperado y arrojó con furor la medicina que se le ofrecía, amenazando de nuevo á la indefensa enfermera.

Y los dolores acrecían, y la muerte con paso rápido se acercaba á su presa y extendía su mano para tocar aquella frente; y el ángel malo sonreía viendo perderse aquel alma.

Y por segunda vez la santa hermana se aproximó hasta aquel lecho, y por segunda vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo aquel vaso que contenía la medicina traída hasta allí de nuevo.

Su voz era dulce, sus palabras persuasivas, su mirada llena de unción y de piedad.

—Tomad, dijo, tomadla en nombre de Dios: y acercó su mano para levantar aquella cabeza, con un ademán suave y tierno como el de una madre amorosa.

Pero entonces aquel hombre se incorporó rígido y airado; sus miradas estaban inyectadas, sus dientes crugían apretados con fuerza; estaba loco, y en la explosión de su furor tomó de nuevo el vaso y le arrojó, no lejos de sí como la vez primera, sino á la casta frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos é inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una herida profunda; pero ni una queja, ni una reconvención brotó de sus labios: solo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus blancas mejillas.

Enjugó lentamente su rostro y permaneció en su puesto, limpiando despues con su pañuelo la frente y las manos del enfermo, salpicadas y mojadas también, con una solicitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo: una cosa extraña pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

¿Era que aquella lágrima lavaba sus culpas y le obtenía el perdón del cielo? ¿Era que aquella sangre, á imitación de la del Salvador del mundo, rescataba aquel alma? ¡Quién sabe! ¡mucho valía sin duda para Dios y mucho podía conseguir!

Pasado el primer momento, la hija de

San Vicente hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado la preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os vais?

—Sí, ya creo que ha pasado vuestro enojo, y ahora quizá...

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre, viendo la dulcísima sonrisa que había acompañado á estas palabras.

—No os resistireis á tomar esa bebida que encierra vuestra salud.

—¡Y... la traereis otra vez! preguntó con un acento en que temblaba la emoción, el arrepentimiento, la gratitud y el asombro.

—Y otras mil si fuese preciso.

—Pero ¿esa sangre?...

—Yo daría toda la mía por aliviar vuestro mal, dijo ella con una voz tan sentida y dulce que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

Entonces, como las puras aguas de un impetuoso torrente, ocultas y contenidas por una capa de grosera tierra, saltan y se desbordan cuando una mano hábil rompe de un solo golpe su fuerte dique, así el manantial del llanto, estancado en aquel alma por tantos y tantos años, brotó en ancho caudal, devolviéndole pura y vivificada la olvidada fe y la perdida esperanza.

—¡Creo en Dios! gritó al fin aquel hombre en el exceso de su emoción, con una voz desentonada y angustiosa; ¡creo en Dios! y en los santos, y en los ángeles, porque vos sois uno de ellos! Sí, hay un cielo; de allí venís vos, porque en la tierra no sabemos hacer estas cosas: hay una eternidad, porque es preciso que la haya para premiar tanta virtud. ¡Oh! no me dejéis, no me dejéis por Dios, y enseñadme á esperar, ya que me habeis enseñado á creer!

Estas palabras estaban dictadas por un sentimiento real y sincero, porque una hora despues, y cediendo á los deseos del arrepentido pecador, Dios, en forma de sagrada hostia, descendía á su pecho, purificado ya por el arrepentimiento y la contrición.

Lo que no habían podido hacer los más sabios consejos, las más severas exhortaciones, lo consiguió una sola lágrima y una gota de sangre humilde y sola.

Dios quiso coronar la obra llevada á cabo por la caridad y devolvió la salud al enfermo, que ya le invocaba esperando en su bondad. Hoy vive aún; hoy en vez de dudar espera; ora en vez de blasfemar, y su miseria es menos penosa y más llevadera.



sus dolores, porque la oracion y la esperanza son el consuelo mayor.

¡Tal vez en sus plegarias mezele sin cesar el nombre de su ángel salvador; tal vez la blanca figura de la santa religiosa aparezca ante sus ojos cuando sus ojos se dirijan al cielo; tal vez un día y otro repita con nosotros: «Bendita sea la caridad cristiana; benditas esas mujeres que endulzan los dolores que no pueden borrar, que comparten el infortunio que no les es dado evitar; benditas sean mil veces, ya sosteniendo al anciano, ya acallando al niño, ya consolando al moribundo; pero cumpliendo siempre su mision de misericordia, de sacrificio y de abnegacion.»

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

II.

Cuando pasados algunos instantes Elena abrió de nuevo sus ojos, se encontró en una sala pequeña y amueblada con una extrema pobreza, pero alegre y risueña, pues recibía luz de un extenso patio y la protegía con su divina mirada una imagen de la bendita y hermosa Virgen de la Paloma, pendiente de la pared. Un rayo de sol que iluminaba la frente purísima de la Madre del Salvador, parecía prestarle animacion y vida, y daba á sus ojos un esplendor tan celestial que, al contemplarla, el alma sentía algo de consolador, de tierno, de grato, que no se podía definir.

La niña huérfana estaba recostada en un humilde lecho, y vió junto á sí al anciano que la habia hecho algunas preguntas poco antes, y á la santa hermana de la caridad, Sor María de las Mercedes, superiora de aquella casa, que habia recibido el último aliento de su madre.

Ambos lloraban al contemplarla, y ambos la prodigaban tiernas caricias y dulces palabras de consuelo; pero las lágrimas de la religiosa solo mostraban el sentimiento de una sublime caridad, mientras que en las del desconocido habia un dolor tan profundo que nadie dudaría, al verle derramarlas, que brotaban del fondo de su corazon.

Elena se incorporó en el lecho, tendió su mirada en derredor, y preguntó con angustia:

—Y mi madre? dónde está? yo quiero verla, ¡oh! dónde está?

La hija de San Vicente alzó los ojos y con

un expresivo ademan señaló lentamente al cielo.

—¿Con que es verdad, no estaba dormida, estaba muerta? gritó la niña con espanto. ¡Estaba muerta y me deja sola, sola en el mundo! ¡Oh! Dios mio, Dios mio! quién querrá ser mi madre ya!

—Sola! murmuró el anciano, sola! pero, ¿y él? ¿y él? ¿dónde está? añadió para sí.

Elena miró á aquel hombre, y viendo su rostro triste y alterado,

—¡Ay! señor, preguntó, ¿llora V. tambien?

—Sí, ¡oh! sí! lloro lágrimas de fuego, hija mia.

—¿Ha perdido V. tambien á su madre? dijo la niña que en su inocencia no podía comprender que se llorase sino por una madre.

—No, Elena; yo ya soy anciano, y hace muchos años que murió la mia!

—Entonces...

—¡He perdido más, he perdido una hija!

—¡Ah!

—Una hija que ha sido muy desgraciada; una hija á quien no habia visto en muchos años!

—Y por qué la dejó V. venir aquí? Oh! si yo no hubiese sido una niña á quien nadie quería oír, no se hubieran traído á mi madre!

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos de Elena, inundando en cristalino raudal su puro semblante.

La hermana de la caridad la tomó en sus brazos, la besó en la frente y la dijo con voz triste y amante al par:

—Vamos, hija mia, no llores más; en el cielo hay una Madre que ampara á los niños buenos, y la tuya se affigirá si ve que te desconsuelas así. Ahora, dime donde quieres ir, y yo misma te llevaré junto á tu familia.

—No tengo á nadie, murmuró con desaliento Elena.

—¡Á nadie! repitió la hermana de la caridad compadecida de aquel pobre ángel.

El anciano tomó la mano de la huérfana, la atrajo hácia sí, y la preguntó con una voz ininteligible apenas:

—¿Quieres ser mi hija, Elena?

Ella por toda respuesta se abrazó estrechamente á su cuello.

—¡Oh! señor, murmuró la hermana de la caridad, Dios bendecirá esa buena accion, y la Providencia se encargará de darla recompensa.

—La Providencia! ¡Ay, hermana mia, cuán inescrutables son sus designios! qué impenetrables sus arcanos! Pero esta niña necesita cuidados y reposo. Ha pasado la noche á la puerta de esta casa, y no ha comido desde

ayer; es preciso sacarla de aquí; además..... además es forzoso que su pobre madre tenga al menos una cruz que marque el sitio en que reposa.

La voz de aquel hombre era opaca y desgarradora al pronunciar estas palabras.

—¿Cómo podré hacer todo esto? preguntó despues de algunos segundos de pausa.

—Entiéndase V. con el director, respondió Sor María, él le informará de lo que desea. Yo no puedo acompañarle, porque mis enfermos me aguardan sin duda, y debo además cumplir la última voluntad de esa desgraciada, llevando esta carta á su destino; pero le indicaré el camino que debe seguir para llegar á su despacho.

El anciano tomó á la niña de la mano y se dispuso á salir; pero antes de que lo efectuase Sor María detuvo á Elena, la estrechó contra su corazón, y señalándole la imágen de la Santa Virgen,

—Hija mia, la dijo, yo he tenido sobre mi seno por un instante la frente de tu muerta madre; yo la he sentido estremecerse por vez postrera al oír tu voz, y esto, sin saber por qué, me ha hecho amarte é interesarme por tu suerte. Nada puedo hacer por tí, porque nada soy en el mundo; ¡ni aun mi nombre siquiera tengo en él! Pero antes de separarnos quizá para siempre, ofrécame que todos los días, y sobre todo cuando seas desgraciada, invocarás el amparo de la Madre de Dios! Yo tambien le rogaré por tí mucho, y así quedaremos unidas por este lazo invisible. ¿Lo harás, Elena, lo harás?

—Oh! sí, respondió con afán.

—Toma, para que pienses tambien en mí, añadió Sor María, desprendiendo de su cuello un pequeño relicario y colocándole en el de Elena; si alguna vez necesitas de mi ayuda, ven ó haz que me le traigan y yo acudiré donde estés.

Un instante despues la religiosa penetraba de nuevo en las enfermerías, y el protector de Elena llegaba con ella al despacho del director.

El anciano expuso en breves palabras su deseo, solicitando que se le permitiera encargarse de cumplir los últimos deberes con la jóven que habia muerto hacia pocas horas.

Esto era muy fácil y le fué concedido al momento, siendo sacado el cadáver del depósito general, y conducido en breves instantes al templo más inmediato.

Elena y su protector seguian de lejos el pobre ataud, que aunque sin pompa y sin lujo alguno fué á lo menos á recibir el postrer

á Dios y las postreras oraciones que la Iglesia concede á sus hijos que mueren.

Aquella misma tarde la desventurada madre de Elena dormía su postrer sueño al amparo del signo de nuestra redencion, al amparo de la cruz!

—¿Qué nombre se pone sobre esta losa? preguntó uno de los sepultureros dirigiéndose al desconocido.

—El de Consuelo Castro de Miranda, muerta á los 28 años de edad, murmuró el anciano sin vacilar, aunque con tembloroso acento.

—¿Sabia V. el nombre de mi madre? preguntó Elena admirada.

—Sí, le sabia hace mucho tiempo.

La niña nada más se atrevió á preguntar.

—¿Y quién pagará mañana todo esto? dijo uno de aquellos hombres para quien el dinero era lo primero.

—Yo, respondió el anciano adelantándose rápidamente.

—¿V...? ¿y cómo haremos para saber...?

—Mañana á las doce estaré en mi casa, calle de la Palma, número 10, á donde pueden preguntar por D. Martin de Castro. Entre tanto, tome V. ahora.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AL GLORIOSO APÓSTOL SANTIAGO, patron de España.

Ginete en fiero corcel,
Potente tu diestra airada,
Esgrime cortante espada,
Terror de morisma infiel.

Y el corcel corre sin freno;
Sembrando el espanto va;
Y á sus piés aquí y allá
Muerde el polvo el agareno.

Así antigua tradicion
A nuestro culto te ofrece,
Y mi patria se envanece
Con tan preciado blason.

Y pasa del padre al hijo,
Unida en grata memoria
Con tu nombre y con tu gloria,
La batalla de Clavijo.

Y siempre amiga tu espada
En su fe el soldado vió,
Cuando en las Navas venció
Y cuando venció en Granada.

¿Qué extraño que á tí rendido
Erija templo y altar,
Y su genio tutelar
Te proclame agradecido?

¿Y qué extraño que tu nombre
Belicoso grito sea,
Que inspire en ruda pelea
Hazaña que al mundo asombre?
En esta tierra de España

Cuando tu pueblo se alzó,
 Otro grito no se oyó
 Del palacio á la cabaña.
 Hijo tuyo por la fé,
 Me pregunto contristado:
 De tanta fe, ¿qué ha quedado?
 De tanta gloria, ¿qué fué?
 El soldado ¡rubor da!
 De este tu reino español,
 Do jamás se puso el sol,
 Tu nombre no invoca ya.
 Y la preciosa semilla
 Que tu mano sembró aquí,
 Apenas crece ¡ay de mí!
 En el suelo de Castilla.

Mas ¿qué digo? ¡vive el cielo!
 Aun nuestros pechos inflama
 De tu fe la ardiente llama
 En este clásico suelo.

Tú, si osada la impiedad
 Pretendiera ¡qué mancilla!
 La fe arrancar de Castilla.
 Confunde tanta maldad.

Y esa espada, que honra y prez
 Es del pueblo castellano,
 Con potente y firme mano
 Desenváinala otra vez.

Y la impiedad, en su saña
 Y en su afán perturbador,
 Oiga el grito aterrador
 De ¡Santiago, cierra España!

V. A.

LUIS JACOBEJO.

Hallábame yo una noche, hace algunos años, en casa de uno de nuestros más célebres generales, y aun cuando no era día de reunion habian ido á visitarle diferentes personas. Estábamos sentados junto al fuego y hablábamos con la mayor intimidad, cuando anunciaron á Mr. Luis Jacobejo, y vimos entrar acto continuo á un jóven oficial de marina de un porte muy distinguido. Lo vulgar de su nombre contrastaba de tal modo con sus modales, y el general y su mujer le recibieron tan afectuosamente, que se fijaron en él las miradas de todos los concurrentes.

Este primer movimiento produjo un examen de la persona de Luis Jacobejo, que le fué en un todo favorable; bien es verdad que era un hermoso jóven de veinte y dos años cuando más, de ojos negros y rasgados, color algo moreno, propio de las gentes de mar, y el aire franco y decidido de un arrogante mancebo, no siendo, en fin, menos digno de notar su traje que su persona.

Aunque no es nada fácil hacer gran alarde de elegancia con un uniforme de simple alférez, el de nuestro jóven estaba tan bien cortado y tan perfectamente ceñido al cuerpo, que

era imposible no advertirlo á primera vista. Preciso era que Luis Jacobejo tuviese algo de muy interesante, porque esa especie de revista que se pasa á toda persona que entra por primera vez en un salon, fué más detenida que de costumbre, y por una casualidad bastante comun, las miradas de cada uno se fijaron en una parte de su traje que no estaba en armonía con lo demás. Efectivamente, en el sombrero de negro y lustroso fieltro que Mr. Jacobejo tenia en la mano se veia una vieja y pequeña escarapela tricolor, algo ajada y grisienta.

Advirtió el general esta circunstancia y se la hizo notar en voz baja á su mujer, que le contestó con una sonrisa dulce: mas apenas el jóven oficial advirtió este movimiento, le salieron los colores al rostro.

No era ni el sonrojo de la vergüenza, ni el de la confusion el que cubrió las mejillas del jóven, sino el de una modesta turbacion; y el general, viéndole en tal estado, le alargó la mano diciendo:

—Eres un buen muchacho, Luis.

La señora del general le alargó tambien su mano, que el jóven besó lleno de respeto y ternura.

Este ligero episodio nos habia interesado á todos, y sin embargo, nadie pensaba en pedir explicaciones acerca de él. La llegada del jóven militar habia interrumpido la conversacion, y ninguno parecia dispuesto á reanudarla, cuando un oficial anciano que en toda la noche habia desplegado sus labios, se levantó de repente y dijo con una voz bronca:

—¿Es este vuestro Jacobejo, general? hé aquí una verdadera escarapela.

Y sin esperar contestacion, tomó el sombrero de las manos del jóven, y se puso á considerarlo atentamente. Al ver la accion del viejo oficial, hubiérase creído que tenia deseos de besarle, y una lágrima rodó hasta su cano bigote mientras miraba la escarapela.

Este nuevo incidente avivó la curiosidad de todos; levantándose cada cual examinaron la misteriosa escarapela, y algunos de los que se acercaron al general, le pidieron la explicacion de todo aquello.

—¡Ah! dijo este, es una historia bien sencilla.

—Es una historia magnífica, dijo el oficial anciano; si la señora generala quisiera referirla á estos caballeros y á estas damas, estoy seguro de que les haria llorar.

Insistieron todos; el general consintió en ello. El jóven oficial fué de nuevo puesto en evidencia, y hé aquí lo que oimos, de boca de la generala:

Cuando la entrevista de Napoleon con Alejandro, queriendo el primero de estos dos emperadores enseñar al otro las tropas que le habian vencido, dispuso que se verificara una gran revista. Recorria Napoleon lleno de complacencia las filas de su antigua guardia, cuando de repente se paró delante de un granadero que tenia en el rostro una cicatriz que partia desde la frente y se prolongaba hasta la mitad del carrillo. Contemplóle un momento lleno de orgullo, y designándole con el dedo al emperador Alejandro,

—¿Qué os parecen, le dijo, soldados que pueden resistir tamañas heridas?

—¿Y qué os parecen los soldados que las hacen? contestó Alejandro con una gran presencia de ánimo.

—¡Esos ya murieron!... dijo el anciano granadero con voz solemne, mezclándose por esta frase sublime en la conversacion de los dos monarcas más poderosos del mundo.

Alejandro, que habia puesto con su respuesta en grande apuro á Napoleon, se volvió hacia él y le dijo con suma política:

—Señor, sois vencedor por todas partes.

—Son hazañas de mi guardia, contestó Napoleon, haciendo un gesto de agradecimiento á su granadero.

Algunos dias despues de esta entrevista, paseábase Napoleon por los cuarteles de su guardia, pensando tal vez en la conquista de España, ó tal vez en el anciano granadero que le habia sacado de su apuro, cuando le apercibió sentado sobre una piedra, con las piernas cruzadas, haciendo saltar en sus rodillas á un chicuelo de año y medio ó dos años cuando más. Detúvose el emperador delante de él, pero el viejo soldado no se levantó de su asiento, contentándose con decirle:

—Perdon, mi emperador; pero si me levanto, Jacobejo gritará como un barraco, y esto tal vez os moleste.

—Está bien, dijo Napoleon. ¿Te llamas Jacobo?

—Sí, mi emperador, Jacobo, y he ahí por qué llaman á esta criatura Jacobejo.

—¿Es hijo tuyo?

—No, mi emperador; su madre era una valiente cantinera á quien hace dos meses un tunante de houlán dió un sablazo en la nuca mientras la infeliz echaba un poco de aguardiente á un pobre anciano, su marido, que acababa de perder una pierna. Ella murió de resultas del golpe y por eso este niño es huérfano.

—¿Y tú le has adoptado?

—Yo y los demás. Le encontramos inmóvil

en la mochila de su madre, rabiando como un ginele á pié, y con la tripa tan vacía como un cañon de órgano. El anciano, que vivió algunas horas, nos refirió como su madre habia sido muerta en vuestro servicio, y entonces todos adoptamos el chicuelo; pero como yo fui el primero que le descubrió, á mí me han encomendado su educacion.

Consideró Napoleon un momento al granadero, que proseguia dando á Jacobejo una leccion de equitacion sobre su pié, y le dijo en seguida:

—Te debo algo, Jacobo.

—¿A mí, emperador? Vos me habeis dado la cruz por esta cuchillada, de modo que yo soy quien os debo á mi vez.

—Es por lo que dijiste al emperador Alejandro, añadió Napoleon.

—¿Quizá le diria alguna necedad, y se ha quejado de mí á mis jefes?

—Nada de eso ciertamente, dijo Napoleon; al contrario, quiero recompensarte. ¿Qué deseas?

—Qué diablo, respondió Jacobo, nada necesario para mí; mas supuesto que quereis hacerme alguna fineza, dad algo á este chico; eso le acarreará buena suerte.

—Con mucho gusto, añadió Napoleon.

Jacobo se levantó entonces, tomó al niño en brazos y se acercó á Napoleon mientras que este buscaba en sus bolsillos algun objeto que dar al chicuelo. No encontró al pronto más que algunas monedas de oro, las cuales guardó inmediatamente porque no era con aquello con lo que se habia sabido grangear el amor de sus soldados. Buscó aun otra vez, y solo hallaba papeles en sus bolsillos, cuando tropezó con su caja de rapé, y sacándola del chaleco donde la tenia se la alargó al tierno Jacobejo. Jacobo se echó á reir al ver la caja y dijo:

—¡Es ocurrencia dar una caja de tabaco á un niño que aún no toma polvo.

Iba á contestar el emperador, cuando sintió que le andaban en su sombrero. En efecto, el niño, que estaba en los brazos del granadero, habia metido la mano en la presilla y enredaba con la escarapela.

—Mirad, emperador, dijo el granadero; el gatuelo es más fino que nosotros, y hace como vos, toma lo que le parece mejor.

—Pues bien, repuso Napoleon, que la guarde; y él mismo, quitando la escarapela de su sombrero, se la dió al niño, al que decia Jacobo haciéndole saltar en sus brazos:

—Vamos, haz ver al emperador que sabes hablar. Y el niño, risueño y batiendo las palmas con sus manecitas, tartamudeó dulcemente esta palabra: ¡viva el emper...!

Desde aquel día Jacobo hizo muchos viajes: regresó á París, fué á Madrid, volvió á Viena, llegó hasta Moscou, y acompañó á Napoleon hasta la isla de Elba. Jacobo formó parte de todas estas expediciones; armado con su sablecito, y llevando sobre la oreja su gorra de cuartel, acompañaba por do quiera al granadero, tocando ya el pito como un ruiñeñor. Jacobo, que amaba y honraba al emperador como á su madre y á su patria, infundió á Jacobo el mismo amor y respeto.

Hallábase el granadero muy apurado acerca del medio que emplearía para hacer llevar siempre la escarapela al chicuelo, hasta que se le ocurrió la idea de meterla en un medallón que le colgó al cuello, diciéndole:

—Oye, Jacobo, todos los días cuando te encomiendes á Dios te encomendarás también á esta reliquia, y cuida de que no se te olvide, porque de lo contrario te haré bailar sin gana.

Dicho y hecho; diariamente, por espacio de ocho años, Jacobo se arrodillaba delante de su escarapela y rogaba por su padre Jacobo y por el emperador.

Estos ocho años bastaron para que la Francia llegase al colmo de la gloria y del poder, y para sumirla también en los reveses. Napoleon fué desterrado á Santa Elena, y licenciado el ejército; el buen Jacobo, lo mismo que los demás, fué despedido con su cruz y su pobre Jacobo. Luis, que tenía entonces nueve años y empezaba á comprender la desgracia, me ha referido con frecuencia que lo que más le dolía era el ver á su infeliz padre, que algunos meses antes hacia marchas forzadas de quince y veinte leguas al día, con su fusil al hombro y la mochila á la espalda, caer casi muerto de fatiga al cabo de pocas horas de camino, entonces que solo llevaba un pequeño lio de harapos y un palo en la mano. El pobre granadero se iba debilitando de día en día, y con frecuencia pasaban ambos crueles noches en miserables establos: Jacobo recogía los restos de paja que dejaban caer los mozos de la cuadra, para tapar al viejo granadero: le velaba por las noches y le daba la mitad de los mendrugos que recogía de la caridad de los posaderos; pero al fin la debilidad de Jacobo fué tal, que se vió precisado á detenerse en una cabaña abandonada, en donde el misero soldado, vencido por el dolor, exclamó:

—Jacobo, un poco de aguardiente, que me muero.

El pobre niño se echó á llorar con todas sus fuerzas, y en seguida salió á la orilla del camino á pedir limosna, pero nada recogió. Completamente desesperado, ocurrióle una idea

inspirada por la desgracia. Púsose de rodillas, sacó el medallón de su pecho y empezó á gritar medio sollozando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! un poco de aguardiente para el padre Jacobo.

En aquel momento se acercó un caballero á Jacobo y le hizo varias preguntas á que contestó el niño, refiriéndole su historia con los ojos llenos de lágrimas, y concluyó diciéndole:

—El padre Jacobo me ha prohibido el separarme jamás de esta escarapela; me ha dicho que ella me protegería, que ella haría mi felicidad, que ella era mi tesoro; y ciertamente primero me dejaría cortar un brazo que perderla; pero sin embargo, en este momento os la doy si me quereis dar dos cuartos, porque con ellos podré comprar aguardiente al padre Santiago.

Enternecido el extranjero, contestó al niño:

—Ese á quien acabas de implorar ha dejado en Francia algunos soldados viejos que dividirán sus beneficios con su anciano camarada; conduceme á donde está Jacobo. Y este hombre.....

—Este hombre bienhechor, exclamó el joven oficial de marina, interrumpiendo á la señora del general, este hombre bienhechor me tomó en sus brazos; á mí, pobre mendigo; hizo trasladar á Jacobo á su palacio; le volvió á la vida, asegurándole su existencia; y á mí, triste huérfano, me hizo educar como á hijo suyo, no pasando un solo día sin que me dispensase un nuevo beneficio.

El joven marino se echó á llorar al pronunciar estas palabras, y como el general y su mujer le tenían agarradas las manos, sus lágrimas caían por su hermoso rostro: el general entonces exclamó á su vez:

—No has acabado la historia, Luis; te olvidas decir que te prometí devolverte la escarapela el día en que volvieres con una charretera ganada del modo que nosotros ganamos las nuestras. Ahora, ya lo veis, la escarapela está colocada en su sombrero, porque se ha encontrado en la toma de Argel, de donde su capitán, que le recibió de cadete, me le devuelve ya oficial.

Al pronunciar estas palabras, el valiente general abrazó á su hijo adoptivo. Aquella escena nos enterneció á todos.

Entonces el anciano oficial murmuró enjugándose los ojos:

—Bien os había yo dicho que no podríais menos de llorar.

F. S.